

de todos los recuerdos de que la Francia debe enorgulle-
 serse. Toca, pues, á esta monarquía, que ha sido la pri-
 mera en unir todas las fuerzas y conciliar todos los votos
 de la revolucion francesa, elevar y honrar sin temor algu-
 no, á la estatua y á la tumba de un héroe popular; porque
 hay una cosa, que no teme compararse con la gloria: esta
 es, la libertad.”

CAPÍTULO XXVI.

LUIS XVIII, llamado al trono de Francia, salió de Hart-
 well el 18 de Abril, hizo su entrada en Lóndres el 20, atra-
 versó el estrecho en un yacht real, desembarcó en Calais y
 se fué directamente á Saint-Ouen, donde *concedió* la carta
 constitucional.

El 23 de Abril, el duque de Orleans que habia quedado en
 Palermo, en medio de las disensiones que acababan de agi-
 tar á la Sicilia, ignoraba todavía la abdicacion del empera-
 dor y el advenimiento al trono de Luis XVIII, cuando re-
 pentinamente anunciaron en el puerto, la entrada de un bu-
 que inglés, portador de noticias de Francia. Al momento
 el duque de Orleans corrió al hotel de la Marina donde vi-
 vía el embajador. Este tenia el *Monitor* en la mano, y
 presentándosele al príncipe:

—Recibid mi parabien, monseñor, le dijo, Napoleon ha
 caido y los Borbones han vuelto á ocupar el trono de sus
 padres.

Dos horas despues, todos los cañones de Palermo trona-
 ban en honor de este acontecimiento.

El capitán del buque inglés tenia orden de lord Williams
 Bentinck, de ponerse á la disposicion del príncipe, por si
 queria volver á Francia.

El príncipe aceptó sin vacilar y en la mañana siguiente,
 es decir, el 24 de Abril, salió de Palermo acompañado de
 un solo camarista; llegó á Paris en los primeros dias de Ma-
 yo, se apeó de incógnito en un hotel de la calle de Grange-
 Bateliere y al momento, sin tomarse ni el tiempo preciso
 para mudar de vestido, tan poderosa así es la atraccion de
 la casa natal, se encaminó hácia el Palacio Real por la ca-
 lle de Richelieu, y penetró en el jardin; lo recorrió por todas
 partes y atravesando el pátio de las Columnas, se presentó
 en la puerta de la gran escalera.

Esta puerta estaba abierta.

El duque de Orleans se precipitó bajo el vestíbulo y á
 pesar de la resistencia del suizo, que lo creyó loco, se lanzó
 hácia la gran escalera; pero llegado allí, cayó de rodillas
 y sollozando besó el primer escalon.

Hasta entonces comenzó á comprender el suizo, que
 aquel extranjero era á la vez el antiguo y el nuevo propie-
 tario del Palacio.

Luego, como era preciso hablar para saber en medio de
 quienes iba á hallarse, antes de presentarse al rey, cuya
 benevolencia era incierta y cuyo buen recibimiento era du-
 doso, el duque de Orleans comenzó por visitar á sus anti-
 guos amigos, Valence, Macdonald y Beurnonville.

Despues visitó á madama de Genlis.

Se habia informado y habia sabido que madama de Gen-
 lis estaba alojada en el Arsenal por orden del gobierno del
 emperador, el que la daba ademas una pension, por el gus-

to que tenía, según se dice, en comunicarse por escrito directamente con ella.

Sobre qué trataba esta correspondencia, es lo que no podremos decir. Era *demasiado secreta* para que se haya podido publicar.

—¡Ah! ¡sois vos! exclamó madama de Genlis, cuando vió á su antiguo discípulo, *espero que al fin ya no volveréis á pensar en ser rey.*

El duque respondió con un gesto ambiguo, que no era ni afirmativo ni negativo.

El duque de Orleans permaneció cerca de una hora en compañía de aquella á quien tantas veces habia llamado *su verdadera madre y su única amiga*; pero contra quien, sin embargo de esto, guardaba algun rencor por aquella famosa carta que madama escribió en 1796.

Al día siguiente, el duque de Orleans fué á las Tullerías. Luis XVIII no creía en el fondo de su corazón, en la sinceridad de su primo, pero sus principios políticos en este punto, eran los de Fox:—Rehusad todo á vuestros amigos, concededlo todo á vuestros enemigos.

En consecuencia, recibió muy bien al duque de Orleans.

—Hace veinticinco años, le dijo, erais teniente general; no ha cambiado nada, lo sois todavía.

—Señor, respondió el duque, de hoy en adelante, solo con ese uniforme me presentaré ante V. M.

Ademas, el 15 del siguiente Mayo, el rey le volvió el título de coronel general de los húsares, cuyo título habia tenido su padre y le confirió la cruz de San Luis con todo el ceremonial de la orden, es decir, con juramento y abrazo; y en fin, le hizo otro favor muy importante: le volvió, ademas de sus rentas, los bienes de su padre, aun aquellos que, habiendo sido enagenados por él, habian salido de su casa para entrar en los dominios *del Estado*, el cual habiendo pagado sus deudas, habia quedado de legítimo propietario.

Estos primeros cuidados, consagrados á su posición polí-

tica que trataba de reconquistar y á su fortuna que era preciso fundar de nuevo, ocuparon al príncipe desde el mes de Mayo hasta el de Julio, en cuya época se embarcó con M. Athain y con M. de Saint-Aldegonde, para ir á Palermo á unirse con sus familias, que los aguardaban allí con impaciencia.

Con este objeto, el gobierno habia puesto á su disposición el buque *la Ciudad de Marsella*.

En el mes de Setiembre estaba ya de vuelta en el Palacio Real.

Si la liberalidad de Luis XVIII habia vuelto al duque de Orleans todos sus bienes, aun aquellos á que no tenia derecho, se concibe perfectamente que el rey no tuvo dificultad alguna en poner en posesión á la duquesa viuda de la inmensa fortuna de su padre el duque de Penthièvre, cuya fortuna habia sido confiscada por el gobierno revolucionario y ascendía á cerca de cien millones, tanto en bienes raíces como en palacios, párques y castillos.

El 25 de Octubre, la duquesa de Orleans dió á luz un segundo hijo, que recibió en la fuente bautismal los nombres de Luis—Cárlos—Felipe—Rafael de Orleans, duque de Nemours.

Aunque era yo muy jóven en esa época, me acuerdo todavía de la admiración que causó á todos el restablecimiento sucesivo de todos aquellos usos del antiguo régimen que hacia veintidos años se habia olvidado. Se establecieron desde luego, la bandera y la cuerda blanca, color desconocido para toda la nueva generación de veinte á treinta años. Instituyéronse los domingos, los días de fiesta y *los de media fiesta*, en cuyos días se cerraban las tiendas y los establecimientos; la ceremonia del voto de Luis XVIII, la misa espiatoria del 21 de Enero; y hubo amenazas mas graves aun que las que hasta entonces se habian hecho, por algunas palabras imprudentes dichas á propósito

de la venta de los bienes de los emigrados, cuya validez se trataba de poner en duda.

Resucitó, en fin, un mal estar general esparcido en la sociedad, que conocia que estaba rota toda comunicacion simpática entre ella y aquella corte gótica que no tenia sonrisas, empleos ni favores mas que para aquellos que habian servido contra la Francia ó concurrido á su abatimiento; apareció, en fin, al cabo de tres meses apenas, una division muy marcada entre las opiniones, las que se dividian en cuatro partidos: el partido ultra, el partido bonapartista, el partido constitucional y el partido republicano.

El duque de Orleans comprendió al instante el papel que debía ejecutar, y se alistó entre los constitucionales.

“La manera con que el señor duque de Orleans preguntó por mí á mi hijo á quien habia conocido en los Estados-Unidos, dice La Fayette en sus Memorias, me impuso el deber de ir á su casa; me manifestó allí su gratitud por este paso, haciendo alusion sin duda á mis antiguas disensiones con sus antepasados; habló de nuestros tiempos de proscripcion, de la semejanza de nuestras opiniones, de la consideracion que me tenia y todo esto en términos muy superiores á las preocupaciones de su familia, para no reconocer en él, al único de los Borbones compatible con una constitucion liberal.”

Tal vez las palabras que el duque de Orleans dejó caer ese dia, fueron las primeras semillas que hicieron germinar en 1830 *la mejor de las repúblicas*.

CAPÍTULO XXVII.

ENTRETANTO la restauracion proseguia con encarnizamiento la obra fatal de su propio esterminio, y se trataba nada menos que de un S. Bartolomé Napoleónico en el que debía desaparecer toda la oposicion imperial, mas ¿habia probabilidad y aun posibilidad de lograr semejante proyecto? ¡Ah! no era esta la cuestion; llegan á verse entre las naciones, épocas de descontento en que se dá asenso á todo lo que pueda aumentarlo y mientras los rumores son mas absurdos, mas se acrecienta, y si son imposibles mas se populariza.

Así es que el de S. Bartolomé se generalizó; pero como muy bien se comprende, ciento cincuenta mil veteranos que quedaron en los cuadros del nuevo ejército, ó volvieron á entrar en sus hogares, no se dejan ni aun de chanza degollar tan fácilmente. Un partido opuesto se organiza y los oficiales amenazados en realidad ó en apariencia, comenzaron á reunirse para ponerse de acuerdo.

El gobierno determinó disolver estas reuniones.

En consecuencia, prohibió á todos los oficiales desde subalternos hasta generales, permanecer en Paris sin previa autorizacion, ordenando que los que no fuesen de la capital, retornasen á sus provincias.

Tan estraña era la orden que cada uno se vió aturdido. Paris, este gran centro de la civilizacion, esta nueva Tebas

con sus cien puertas abiertas para sus cien departamentos, iba á constituirse en una ciudad privilegiada permitida á unos y prohibida á otros; así es que desde este momento se animaban recíprocamente á la desobediencia. La oficialidad reflexionando en semejante orden y en el medio sueldo que era su sola fortuna, renunció este, y muerta de hambre pero libre, permaneció en Paris para burlarse del gobierno.

Un ejemplar acaeció en estos momentos.

Una carta escrita por el general Excelmans al rey de Nápoles en que lo felicitaba por la conservacion de su trono, cayó en las manos de la policía del mariscal Soult, antiguo compañero de Murat y cuya gran fortuna habia envidiado diez años, y este incidente puso al general Excelmans fuera de servicio y desterrado á sesenta leguas de Paris; pero apoyándose este en el principio de que el ministerio de la guerra no tenia ningun dominio sobre los militares retirados, se quedó tranquilo en su casa.

Se le mandó arrestar; mas el general amenazó con levantar la tapa de los sesos al primero que le tocase; é intimidados con esta resolucion salió erguido sin que nadie se le opusiese.

Estos sucesos pasaban en el mes de Diciembre de 1814.

Una real orden datada en el mes de Diciembre consiguió al general Excelmans al consejo de guerra de la 16.^a division militar, situada en Lille, acusándolo:

Primero: de haber mantenido correspondencia con el enemigo Joaquin Murat, no estando reconocido rey de Nápoles por los franceses.

Segundo: de haber cometido un acto de espionaje escribiendo á Nápoles.

Tercero: de haber escrito espresiones ofensivas hácia la persona y autoridad del rey.

Cuarto: de haber desobedecido las órdenes dictadas por el ministro de la guerra; y

Quinto: de haber violado, en fin, su juramento como caballero de S. Luis.

El 14 de Enero de 1815, el general Excelmans se constituyó prisionero en la ciudadela de Lille.

El 23 del mismo mes fué exonerado por unanimidad de votos.

Esta exoneracion fué un triunfo, pero en unos momentos aciagos, para el gobierno.

El 15, es decir, ocho dias antes, hubo una especie de tumulto suscitado por la prohibicion del entierro de la señorita Rancourt.

El mismo dia, el general Heudelet, comandante de la décima-octava division militar, habia publicado la orden del dia siguiente, que reasumia las instrucciones dadas á todo el reino.

“Los Illmos. obispos dictarán todas las medidas necesarias para ofrecer al Altísimo, el 21 de Enero, solemnes rogaciones que demuestren el horror que han concebido todos los verdaderos franceses por el crimen que en igual dia cubrió de duelo á toda la Francia, y como el ejército en todos tiempos ha manifestado su indignacion, se apresurará á reunirse para este acto de piedad nacional.”

De este modo se conseguia:

Con la duda que se versaba sobre los bienes de los emigrados, que se perjudicasen los intereses de los que querian adquirir bienes nacionales.

Con la persecucion de los oficiales ofender á todo el ejército.

Con la negativa de la sepultura atacar á todos los filósofos.

Con las órdenes del 21 de Enero agravar á todos los republicanos.

A la ridiculez se unia la odiosidad. Ciertamente no tenia la culpa Luis XVIII de usar una peluca de alas de pichon y

una coleta de salsifi, de llevar las charreteras sobre un vestido de paisano en lugar de ponérselas sobre una casaca militar, de tener piernas de hipopótamo cubiertas de polainas negras en lugar de tener una pantorrilla bien hecha con buena bota lustrosa, de arrastrarse en una poltrona en lugar de correr á caballo, de pasar las revistas desde lo alto de un balcon en lugar de hacerlo en los campos de batalla; pero el odio que él mismo se habia escitado, calificaba por crímenes todas sus flaquezas y hasta su instruccion era ridiculizada: el comentador de Horacio habia caido en ridículo. Su gula proverbial daba lugar á anécdotas unas veces finas y otras groseras; pero siempre fatales porque hacian nacer la risa donde solo deberia brillar el entusiasmo; en fin, con excepcion de los muy raros é inútiles apoyos de este rey incapaz, no habia un interes ni una opinion pública que no fuese hostil á la restauracion.

Si del rey pasamos á su hermano, de su hermano á sus hijos, de las hombres á las mujeres, en fin, nos convenceremos de que ni una sola persona de las que rodeaban á Luis XVIII era capaz de hacer frente á los malos efectos producidos por el gefe de la raza.

Y era verdad: despues del rey tenemos al conde de Artois, su hermano.

El conde de Artois habia sido jóven de buena presencia y espiritual, segun se decia; pero ninguna de estas circunstancias poseia ya: en cambio se habia hecho devoto, lo que era mas que un crimen en esa época puramente volterriana; era ridículo; sus estúpidas miradas, sus lábios caidos, sus pasos vacilantes, su conversacion insípida, siempre pronta á agotarse, cuando no se trataba de caballos, de fusiles ó de caza, hacian olvidar completamente un cierto rasgo caballeresco, que recordaba como la sombra recuerda al cuerpo, que era el sucesor de Francisco I, y el descendiente de Enrique IV. Además, á los ojos del pueblo tenia una falta imperdonable, pues habia prometido la abolicion de los dere-

hos creunidos, y habia cumplido su palabra sustituyéndolos con las contribuciones indirectas.

Seguia despues el duque de Angulema, corazon honrado, leal y bravo; pero su inteligencia ínfima, carácter simple, organizacion enfermiza, llena de resabios, de manías y torpezas divertian á los mismos cortesanos y con mas razon á aquellos que no tenian motivo alguno para poetizar esta pobre materia que sin el derecho divino que la habia formado tal como era hubiera sido muy poca cosa.

El duque de Berry, todo al contrario de su hermano, era de una naturaleza fuerte, exuberante, rebosando vida y salud y adornada de apreciables cualidades, pero con terribles defectos; verdaderamente era una mezela singular en que se veia la brutalidad del salvaje con la disolucion de la corte; siempre se hallaba entre los oficiales y soldados donde no le faltaban ocasiones á cada instante, de ofender á los unos y de irritar á los otros; cada dia se contaba una nueva anécdota del príncipe y todas ofensivas al ejército; tan pronto arrancaba con sus mismas manos las charreteras á un coronel, como rehusaba una cruz á un antiguo soldado con palabras injuriosas; es cierto que cuando reflexionaba en lo que hacia ó recibia órdenes para reparar sus hechos volvia las charreteras de general en lugar de las de coronel que habia arrancado y daba la cruz que habia rehusado con una gratificacion inesperada; pero en el corazon del ofendido se conservaba la ofensa, y cualquiera que fuese la reparacion no borraba el ultraje.

En cuanto á la duquesa de Angulema, este mártir de 1793 que habia pasado su vida en el luto, en los calabozos y en el destierro, la calunnia mas encarnizada no pudo manchar su conducta. Era una Santa; pero una de aquellas Santas de semblante severo, de voz áspera, y de una devocion rígida que inspiran terror, y cuya virtud es superior á las debilidades de la pobre humanidad.

Quedaban los dos Condé: estos últimos vástagos de una



raza de águilas que se estinguen en ellos con ellos y cuyos recuerdos se limitaban á la emigracion, es decir, á la época en que servian contra la Francia, pasaban su tiempo en probar este enjambre de caballeros que pretendian haber servido bajo sus órdenes. El padre murió de pesadumbre en aquella época y el hijo ya se sabe como murió.

CAPÍTULO XXVIII.

LA posicion era admirable para el duque de Orleans; joven todavía, pues apenas tenia cuarenta y un años, de semblante hermoso, ágil en todos los ejercicios del cuerpo, valiente, espiritual, instruido, capaz de hablar con los hombres de mas talento; casto en su vida conyugal, viviendo en medio de sus cuatro ó cinco hijos, nido encantador de esperanza; y habiendo encontrado medio desde los primeros dias de su llegada, de hacer correr la voz por sus partidarios, de que no solamente no habia servido contra la Francia, sino que hasta habia rehusado todos los ofrecimientos que se le habian hecho con respecto á esto; su popularidad empezaba á arrojar esas poderosas raíces que hicieron de él, el elegido de 1830.

Es verdad que aquellos que le hubiesen examinado con el espíritu de críticos, habrian encontrado en su valor un sentimiento mas bien físico que moral, en su espíritu

una especie de inundacion que perdía en fondo lo que ganaba en superficie; en su corazón un profundo desden hacia la humanidad y en su inteligencia resoluciones tomadas de antemano contra las cuales no valian nada las reseñas de la historia, de la que conocia las fechas y los hechos, pero de la que ignoraba completamente la filosofía.

Entre la clase media era donde el duque de Orleans estaba mas querido; los financieros, los abogados, los especuladores, los negociantes, los manufactureros, le profesaban una profunda admiracion por su ciencia en economía política, por sus conocimientos industriales, y por sus sutilezas forenses.

Los poetas, los historiadores, los pintores, los escultores, en fin, todas las naturalezas artísticas, experimentaban al contrario hacia él, una repulsion instintiva; conocian que en arquitectura este hombre que debia remover tantas piedras, no era sino un mal albañil; que en pintura, escultura y en poesía, tenia sentimientos vulgares y no sentimientos elevados; en fin, no lo amaban los historiadores, porque él tenia multitud de razones para no amarlos á ellos.

Sea de esto lo que fuere, la habilidad del duque de Orleans, su lenguaje seductor, sus medias palabras sobre la política de la corte; la opinion espresada sobre él, por Alejandro en los salones de madama de Staël (1); la inmensa fortuna de este grande amante de las almas inferiores, todo se reunia para hacer del duque de Orleans á los seis meses de su vuelta á Francia, el gefe de la oposicion y la esperanza de todos los descontentos.

Así es, que desde el mes de Febrero, se formaba una conjuracion en favor del duque de Orleans.

Esta conjuracion tenia por gefes:

[1] Véanse las notas justificativas, número 8.